

El mundo desde la cosmovisión amuzga: tramas de vida, memoria y territorio

The world from the Amuzgo worldview: Weavings of life, memory, and territory

NASHYELI FIGUEROA GALVÁN

Maestría en Ciencia Política, Universidad Autónoma del Estado de Guerrero
Guerrero, México / nashyelif@hotmail.com / <https://orcid.org/0000-0002-1646-8850>

■ **RESUMEN:** Este texto es un acercamiento a la cultura de los pueblos amuzgos de Oaxaca y Guerrero. Interesa visibilizar cómo su vida cotidiana se configura como un entramado dinámico donde lengua, territorio, espiritualidad, salud, música, tejido, agricultura y festividades forman una manera integral de habitar el mundo. Sus saberes se transmiten cotidianamente en comunidad, entre generaciones, aunque hoy enfrentan tensiones derivadas de la vida moderna, la pérdida de oficios tradicionales y la desvalorización de las lenguas indígenas. Aun así, las prácticas comunitarias persisten como formas de resistencia ética, política, cultural y espiritual, en constante diálogo y transformación frente a un mundo que a menudo busca invisibilizarlas. Se alude a la diversidad interna amuzga, sus variantes lingüísticas, tejidos, vínculos territoriales, concepciones de las enfermedades “amuzgas” y algunas de sus festividades.

Palabras clave:
Amuzgos, cultura,
Oaxaca, Guerrero

■ **ABSTRACT:** This text offers an introduction to the culture of the Amuzgo peoples of Oaxaca and Guerrero. I aim to highlight how their lives are shaped by a dynamic interweaving of language, territory, spirituality, health, music, weaving, agriculture, and festivals, which together form a holistic way of inhabiting the world. Their knowledge is transmitted daily within the community, across generations, although today they face tensions stemming from modern life, the loss of traditional crafts, and the devaluation of indigenous languages. Even so, community practices persist as forms of ethical, political, cultural, and spiritual resistance; they are in constant dialogue and transformation in the face of a world that often seeks to render them invisible. I refer to the internal diversity of the Amuzga people, their linguistic variants, textiles, territorial ties, conceptions of “Amuzga” illnesses, and some of their festivals.

Keywords:
Amuzgo, culture,
Oaxaca, Guerrero

Fecha de recepción: 19 de febrero de 2026, fecha de aceptación: 17 de abril de 2026

Lingüística Mexicana. Nueva Época, ISSN: 2448-8194

vol. VIII (2026), núm. 2, pp. 1-9.

DOI: 10.62190/amla.lmne.2026.8.2.608

Licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial (CC BY-NC) 4.0 International.

INTRODUCCIÓN

En 2020 fui invitada a participar como investigadora independiente en un proyecto académico que requería realizar trabajo etnográfico en distintas comunidades amuzgas de Guerrero. En términos generales, este trabajo buscaba comprender de cerca cómo estas comunidades enfrentaban y vivían las amenazas de la COVID-19. La medicina tradicional, los saberes ancestrales, usos y costumbres amuzgas fueron abriéndome las puertas de un mundo que, hasta ese momento, me era desconocido. En este texto pretendo ofrecer un acercamiento que visibilice, desde una mirada cercana y respetuosa, la cultura de los pueblos amuzgos de Oaxaca y Guerrero, sin la intención de constituirse como un estudio etnográfico. Se trata de asomarse sutilmente a su vida cotidiana, a las formas en que las personas construyen sentido en comunidad y sostienen una manera propia de estar en el mundo. En este entramado, la lengua, el territorio, la espiritualidad, la salud, la música, el tejido, la agricultura y las festividades no aparecen como elementos separados, sino profundamente entrelazados, dando forma a una vida colectiva que se aprende y se transmite en el día a día.

A través de este recorrido, también se reconoce que estos saberes no permanecen intactos ni aislados. Hoy enfrentan cambios importantes relacionados con la vida moderna, la migración, la pérdida de oficios tradicionales y la constante desvalorización de las lenguas indígenas en general, es decir, no es una situación única la que enfrentan los pueblos amuzgos y su idioma. Estas tensiones atraviesan la vida comunitaria y generan desafíos, pero también nuevas formas de adaptación y continuidad. Lejos de desaparecer, muchas de estas prácticas siguen vivas, se transforman y encuentran maneras de sostenerse, convirtiéndose en expresiones de resistencia que son, al mismo tiempo, culturales, políticas, éticas y espirituales.

Asimismo, es importante no pensar al pueblo amuzgo como algo único y uniforme. Existe una gran diversidad interna que se refleja en las distintas variantes lingüísticas, en los estilos de tejido y diferentes bordados, en la relación con el territorio, en las maneras de entender las enfermedades y en la forma de celebrar sus creencias en festividades.

Este texto, entonces, busca abrir una puerta para acercarse a esa riqueza y dar cuenta de su complejidad, reconociendo que se trata de realidades vivas, en constante movimiento, que no pueden reducirse a una sola forma de ser o de explicarse.

COSMOVISIÓN AMUZGA

Los pueblos indígenas del mundo entero están vivos, existen y se nombran desde un reconocimiento propio que emerge de batallas profundas en torno a su identidad, la cual resiste, en distintos niveles, frente a la sociedad moderna occidental; se expresa para no ser olvidada, cosificada, estigmatizada, folclorizada o romantizada. De este proceso resalta su complejidad: ser indígenas en un mundo rápido y vertiginoso, donde lo ancestral suele convertirse en objeto exótico y donde frecuentemente se les separa de su propia existencia.

Una parte esencial para conocer y comprender al pueblo amuzgo es su cosmovisión. Carlos Lenkersdorf, señala que, para comprender la cosmovisión de un pueblo, es primordial conocer su lengua: “La razón es que en ella los hablantes manifiestan inconscientemente la manera de cómo perciben la realidad” (1998: 4). Además, subraya la importancia de la ubicación geográfica, pues la vinculación con otros pueblos o culturas marca diferencias en la configuración de su cosmovisión. En este sentido, es fundamental reconocer que la relación que los pueblos originarios mantienen con los cerros, ríos, arroyos, animales, el cosmos, entre otros elementos, constituye un entramado indisociable de sus ritos, mitos y creencias.

Sin duda, las cosmovisiones se producen y reproducen continuamente. Apreciar a un pueblo originario como el amuzgo implica comprender cómo se relaciona con la naturaleza y con cada uno de sus elementos —ríos, animales, plantas, cerros—; con sus alimentos; y por supuesto, también conocer sus relaciones comunitarias. Por ello, acercarnos a una cosmovisión exige reconocer sus formas actuales de vincularse con el mundo, con la sociedad moderna occidental y con la herencia de saberes transmitidos por sus ancestros.

El idioma amuzgo es una raíz central de la identidad *Nn'a'ncue*. Aunque gran parte de la población amuzga es bilingüe —hablan español— existe un porcentaje monolingüe, conformado sobre todo por mujeres, quienes son consideradas guardianas y transmisoras de la lengua (Aguirre, 2018), y en ese sentido cultural, las mujeres amuzgas llevan en sus hombros la tarea de conservar el idioma, los saberes gastronómicos y la tradición de su vestimenta.

VESTIMENTA TRADICIONAL DE LOS PUEBLOS AMUZGOS

Una de las expresiones más representativas para reconocer la cultura de los pueblos amuzgos son sus coloridas vestimentas, en las que se reflejan saberes, memoria e identidad comunitaria. A través de estas prendas, el trabajo cotidiano de las mujeres tejedoras ha adquirido un amplio reconocimiento, pues ellas son protagonistas fundamentales en

la preservación y creación de la tradición textil amuzga. Entre las prendas más emblemáticas, destacan los huipiles, que son elaborados tradicionalmente en telar de cintura. Estas piezas se confeccionan a partir de tres lienzos que se unen mediante una compleja técnica textil conocida como *randa*.

La técnica de randa en los huipiles amuzgos constituye una de las expresiones textiles más complejas y significativas dentro del arte del tejido tradicional de los pueblos amuzgos. Más que un recurso decorativo, la randa representa una práctica de unión, paciencia y conocimiento heredado entre generaciones de mujeres tejedoras, quienes han conservado esta técnica como parte fundamental de su identidad cultural y comunitaria.

La randa consiste en una técnica de deshilado y unión manual que se realiza generalmente para enlazar distintas piezas de tela tejidas en telar de cintura, ya sea de tres o cinco hilos. En los huipiles amuzgos, especialmente aquellos elaborados en comunidades como Xochistlahuaca, Tlacoachistlahuaca o San Pedro Amuzgos, las tejedoras elaboran lienzos separados que posteriormente unen mediante delicados entramados de hilo. Estas uniones no son simples costuras; implican diseños geométricos y patrones minuciosos que forman figuras simétricas y caladas, creando una especie de “encaje tejido” que aporta belleza, resistencia y significado al huipil. Cabe señalar que no todas las mujeres amuzgas dominan esta técnica.

El proceso requiere gran precisión y experiencia. Primero, la artesana deja ciertos hilos sueltos en los bordes de las piezas tejidas; después, mediante aguja e hilo, entrelaza cuidadosamente esos hilos formando figuras ornamentales. Dependiendo del diseño, la randa puede adquirir formas romboidales, estrellas, grecas o pequeños caminos geométricos que se entretrejen con los símbolos presentes en el resto del textil.

Dentro de la cosmovisión amuzga, la randa también puede interpretarse como símbolo de vínculo y continuidad. Une fragmentos de tela del mismo modo en que las relaciones comunitarias articulan la vida colectiva. Las tejedoras suelen aprender esta técnica desde niñas, observando a sus madres y abuelas durante largas jornadas de trabajo textil, donde el tejido se acompaña de relatos, consejos y memorias comunitarias. Así, la randa no sólo transmite conocimiento técnico, sino también formas de sentir y habitar el territorio.

En San Pedro Amuzgos y Santa María Ipalapa, Oaxaca, los huipiles solían ser prendas predominantemente blancas; algunas abuelas los conservaron hasta fechas recientes (comunicación personal, Palemón Olmedo Ávila, 4 de octubre de 2025). De las figuras tradicionales tejidas en el huipil son “las memelitas” (*Chàsî*), y son bordadas de color rojo y morado. En lugar de enagua, las mujeres tejían un pozahuanco, ya fuera negro o azul marino (comunicación personal, Elida Lucila Merino Hernández, 4 de octubre de 2025).

En estas comunidades, el telar de cintura es una práctica que la juventud ha dejado de aprender, quedando principalmente en manos de mujeres adultas, sobre todo en La Guadalupe, en San Pedro Amuzgos. En contraste, hoy en día muchas mujeres amuzgas se dedican al bordado en tela, elaborando figuras que no forman parte de su iconografía ancestral, pero que se integran a sus actividades cotidianas y, por lo tanto, a sus usos y costumbres actuales. Cabe señalar que, a partir de la década de 1990, aproximadamente, tanto en Guerrero como en Oaxaca, comenzaron a popularizarse los huipiles hechos de

tela. Por ejemplo, en Guerrero, mujeres amuzgas elaboran sus prendas con tela de encaje de colores, sustituyendo la randa. Las mujeres amuzgas de Oaxaca no utilizan telas de encaje, sino telas blancas decoradas con figuras o flores, uniendo las partes igualmente con listón. Sin embargo, para muchas mujeres jóvenes amuzgas oaxaqueñas, el uso de estos listones es percibido como algo anticuado, al igual que el uso del pozahuanco. De ahí deriva otra diferencia con las mujeres amuzgas de Guerrero, quienes usan de manera cotidiana enaguas con uno o dos tirantes (o a la cintura como si fuera una falda) decoradas con grecas. El pozahuanco es una de las prendas tradicionales más antiguas y significativas en la vestimenta de las mujeres amuzgas de Oaxaca. Se trata de una falda o enredo confeccionado generalmente en telar de cintura, elaborada con hilos de algodón y caracterizada por sus diseños geométricos, franjas de colores y bordados que reflejan elementos de la vida cotidiana, la naturaleza y la cosmovisión comunitaria. En comunidades amuzgas como San Pedro Amuzgos, el pozahuanco forma parte de la indumentaria tradicional femenina y representa no sólo una prenda de uso cotidiano, sino también un símbolo de identidad cultural y pertenencia colectiva.

Tradicionalmente, el pozahuanco se coloca enrollado alrededor de la cintura y se sostiene mediante una faja tejida. Su uso se acompaña generalmente con huipiles elaborados en telar de cintura y otros accesorios textiles hechos por las propias mujeres. Además de cumplir una función práctica como vestimenta, esta prenda expresa conocimientos transmitidos de generación en generación, ya que las técnicas de tejido, los colores y los diseños suelen aprenderse desde la infancia en el entorno familiar y comunitario.

El uso del pozahuanco también está relacionado con distintos momentos de la vida social y ceremonial. Dependiendo del tipo de tejido, los colores o la complejidad de los diseños, puede utilizarse en actividades cotidianas, fiestas patronales, celebraciones comunitarias o ceremonias tradicionales. Para muchas mujeres amuzgas, portar esta prenda constituye una forma de mantener viva la memoria de su linaje femenino y reafirmar su vínculo con el territorio y la cultura amuzga.

En la actualidad, aunque el uso cotidiano del pozahuanco ha disminuido en algunos contextos debido a los procesos de urbanización, migración y expansión de la ropa industrial, numerosas mujeres continúan elaborándolo y utilizándolo como una práctica de resistencia cultural y valoración de los saberes textiles comunitarios.

La vestimenta tradicional de los hombres amuzgos, aunque más sencilla, también es relevante. Consta de dos prendas: el algodón y el calzón blanco, ambos tejidos originalmente en telar. En la actualidad, son principalmente hombres adultos y mayores quienes la utilizan cotidianamente. En ambos estados, como parte de los esfuerzos por fortalecer su cultura, niñas y niños de escuelas primarias bilingües portan estas prendas (huipil / algodón y calzón) como uniforme de gala los lunes.

TERRITORIO AMUZGO Y NATURALEZA

Geográficamente, los pueblos amuzgos se localizan en la colindancia entre el estado de Oaxaca —región de la Costa y Sierra Sur— y la Costa Chica de Guerrero. Actualmente

habitan principalmente en cinco municipios: *Suljaa'* (Xochistlahuaca), *Ndyaa we* (Ometepec) y *Sei' chue ó* (Tlacoachistlahuaca), en Guerrero; y *Tsjón noan* (San Pedro Amuzgos) y *Tsojo tyiyu* (Santa María Ipalapa), en Oaxaca.

Dentro de la cosmovisión del pueblo amuzgo —y aunque cada comunidad y municipio tienen sus particularidades— el territorio, la naturaleza y el medio ambiente poseen un valor tan profundo como su lengua originaria. La importancia simbólica de lugares sagrados donde se realizan rituales, por ejemplo, para pedir lluvia o para curar enfermedades, así como el vínculo con los ríos que proveen agua y alimentos, las especies nativas —plantas, animales— y los entes espirituales, está estrechamente ligada al interés por cuidar y preservar el territorio amuzgo.

En San Pedro Amuzgos, Oaxaca, existen tres cerros sagrados: el Cerro de la Caja (*Tyo' tsiu be*), el Cerro del Tigre (*Tyo' kítsián*) y el Cerro de la Cruz (*Tyo' tsújn'ân*). El primero tiene un significado especial, pues “es considerado como el primer asentamiento del pueblo amuzgo de Oaxaca” (Plan de Justicia y Desarrollo de la Nación Amuzga, 2022: 10). En Santa María Ipalapa, el Árbol de la Pochota es un lugar sagrado porque, según se cuenta, ahí fue donde la virgen decidió quedarse (comunicación personal, Santiago Merino Hernández, 8 de octubre de 2025).

En Xochistlahuaca, Guerrero, se encuentran el Cerro del Trueno, el Cerro de las Flores y el Cerro del Agua. En Ometepec está el Cerro de la Culebra. Además, lugares como cuevas, arroyos y bosques cobran especial importancia en el territorio amuzgo debido a la relación que existe entre éstos y el mundo espiritual. Tal es el caso de Las Piedras del Trueno o Piedras de San Marcos, que conservan un gran valor simbólico, aun cuando su lugar original fue destruido (Aguirre, 2018).

El Señor del Monte (*Stoo*) y el Señor del Agua (*Tsan Ts'oom Tsjo*) son seres espirituales que cuidan de la naturaleza y vigilan las conductas humanas en su relación con ella; observan si los actos son excesivos o respetuosos. El Señor del Monte protege a todos los seres vivos de las montañas, mientras que el Señor del Agua resguarda a quienes habitan en los ríos. Una de las prácticas reguladas ancestralmente era el uso moderado de la caza y la pesca: el respeto a la naturaleza y a sus seres vivos. Se cree que estos seres espirituales observan la ética y moral de las personas.

En ambos estados —Oaxaca y Guerrero— la naturaleza se ve amenazada por las prácticas agrícolas actuales, aunque quienes aún trabajan la tierra mantienen un mayor cuidado de sus parcelas. En San Pedro Amuzgos, la tala inmoderada representa una fuerte amenaza. Las cuadrillas o rancherías, que viven alejadas del centro, conservan una relación más estrecha con la naturaleza y practican la agricultura de manera más tradicional. Por otro lado, la defensa del territorio sigue siendo crucial. No obstante, y aunque continúa el reconocimiento del territorio como base de identidad, la relación no siempre es tan respetuosa como antaño (comunicación personal, Natalia Hernández, 23 de octubre de 2025).

MEDICINA TRADICIONAL, NASEINCUE, NASI NGWÊ Y CREENCIAS

Entre los amuzgos se reconocen padecimientos como el antojo, el espanto, el coraje, el empacho y el nahual, enfermedades que la medicina alópata no sabe tratar porque se relacionan con dimensiones espirituales. Por ejemplo, existen dos padecimientos conocidos como “olor de muerte” y “gripa de muerto”, malestares que invaden los cuerpos según distintos factores sociales. Se piensa que los niños son especialmente vulnerables al olor de muerte, sobre todo cuando asisten a funerales. Este padecimiento se caracteriza por una profunda tristeza que puede transformarse en coraje. La gripa de muerto, en cambio, refiere a la enfermedad que llega durante las celebraciones de Día de Muertos. La creencia dice que los difuntos traen enfermedades cuando regresan a visitar a las familias, y que la lluvia de ese día es la lágrima de ellos (Garza et al., 2023). Se han documentado otras enfermedades que reconocen los amuzgos de Oaxaca, documentadas por Cartwright (2003), como son el “antojo de cuna”, “antojo de chivo” y el “antojo de guajolote”.

Entre las figuras que sostienen la medicina tradicional se encuentran mujeres y hombres curanderos, sobadores, hueseros, yerberos y parteras. A manera de sincretismo, también participan rezanderos. Para los amuzgos, el cuerpo no es únicamente biología, sino un ser con espíritu y alma, en estrecha relación con la naturaleza, el medio ambiente y la comunidad. Cuando se enferma el espíritu, el cuerpo también.

En los últimos años, la llegada de otras religiones a las comunidades amuzgas ha generado tensiones familiares y comunitarias, así como transformaciones en las creencias que han sido cuidadas y transmitidas por generaciones. Este fenómeno ha contribuido al debilitamiento de la medicina tradicional, ya que algunas de estas nuevas religiones prohíben su práctica. Aunque algunas personas amuzgas que han adoptado religiones distintas a la católica sigan creyendo, por ejemplo, en la curación del coraje mediante prácticas tradicionales, les resulta difícil acudir con los sabedores o visitar lugares sagrados por las prohibiciones religiosas. Esto revela un profundo conflicto identitario y evidencia las transformaciones que atraviesa una cosmovisión ancestral.

REFLEXIONES FINALES

A lo largo de este recorrido por los saberes, prácticas y formas de vida de los pueblos amuzgos de Guerrero y Oaxaca, se hace evidente que la vitalidad cultural que los caracteriza no es un vestigio del pasado, sino un entramado dinámico que se renueva en el presente. La cosmovisión amuzga, su relación sagrada con el territorio, las formas de cuidado del cuerpo y de la salud, sus vestimentas, la organización comunitaria, la música, las danzas y las festividades revelan un modo particular de habitar el mundo en el que la vida no puede fragmentarse. Todo está unido: el maíz, los ciclos agrícolas, la montaña, los cuerpos, los saberes, la espiritualidad y la convivencia cotidiana.

Cada ámbito —sea la medicina tradicional, la siembra de las milpas, la confección del huipil, la preparación del tepache o la organización del carnaval— constituye un

espacio de transmisión intergeneracional. Estos saberes no se enseñan en abstracto; se aprenden caminando con los mayores, mirando, acompañando, escuchando, celebrando y compartiendo. Es ahí donde ocurre la verdadera pedagogía comunitaria: una educación que no separa lo espiritual de lo material, lo humano de lo no humano, lo individual de lo colectivo.

Sin embargo, también es evidente que estos conocimientos se encuentran en riesgo. La disminución de músicos tradicionales, la falta de aprendices para ciertos oficios, la presión sobre los territorios, la migración, la escolarización que desvaloriza las lenguas indígenas y los modelos de “desarrollo” impuestos desde afuera generan tensiones y quiebres. Frente a ello, la persistencia de las prácticas comunitarias —las mayordomías, las danzas, los rituales agrícolas, la elaboración de conservas para el Día de Muertos, la preparación del nixtamal en las fiestas patronales— constituye una forma cotidiana y profunda de resistencia cultural.

En este breve escrito quedaron fuera dimensiones igualmente relevantes para comprender la integralidad de la vida comunitaria, como la alimentación, cuyo análisis permitiría profundizar en las relaciones entre territorio e identidad. También quedaron fuera el sistema político comunitario y las formas de organización social —sustentadas en cargos, asambleas, acuerdos colectivos y la ética del servicio—, que constituyen pilares fundamentales de la cosmovisión amuzga y forman parte de las estructuras que sostienen la vida comunitaria, articulan el trabajo colectivo y permiten la defensa cultural y territorial. No se trata solo de mantener una tradición, sino de sostener un horizonte ético y político propio: una forma de vivir donde la reciprocidad, el respeto y el equilibrio con la naturaleza son principios fundamentales. En este sentido, las comunidades amuzgas no solo conservan saberes: crean futuro. La continuidad de estas prácticas no implica un apego rígido al pasado, sino una capacidad de adaptación que integra elementos nuevos —como los instrumentos contemporáneos en la música o la incorporación de otras expresiones festivas— sin perder de vista el corazón comunitario. Esta flexibilidad muestra que la cultura es movimiento, transformación y diálogo.

También confirma que la educación intercultural e intergeneracional es indispensable si se busca apoyar procesos comunitarios desde una perspectiva decolonial y con enfoque de género. Documentar, fortalecer y acompañar los saberes amuzgos requiere escuchar a mujeres, hombres, jóvenes, niñas y ancianas; reconocer los roles que históricamente han ocupado y las tensiones que enfrentan; valorar sus conocimientos no como “recursos culturales”, sino como sistemas de pensamiento complejos capaces de orientar alternativas de vida y de futuro.

Finalmente, comprender la vida amuzga desde sus propios marcos —sus fiestas, sus rituales, sus plantas medicinales, su música, sus tejidos, sus cultivos y sus relatos— es también reconocer que existen múltiples modos de entender la salud, la espiritualidad y la comunidad. En un contexto nacional marcado por la desigualdad, la violencia y el despojo, los pueblos amuzgos ofrecen lecciones profundas sobre la dignidad, la resistencia y la posibilidad de seguir sembrando vida en medio de la adversidad. Sus prácticas no son folclor ni pasado, son caminos vigentes que nos invitan a imaginar otras maneras de estar en el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE Pérez, Irma Guadalupe. 2017. Monografía del pueblo amuzgo de Oaxaca y Guerrero. CDI. <<https://www.inpi.gob.mx/2021/estudios/cdi-monografia-del-pueblo-amuzgo-de-oax-y-gro.pdf>> [consultado el 28 de octubre de 2025].
- CARTWRIGHT, Elizabeth. 2003. *Espacios de enfermedad y curación: los amuzgos de Oaxaca, entre la sierra sur y los campos agrícolas de Sonora*. México: El Colegio de Sonora.
- FERNÁNDEZ GATICA, Andrés. 1987. *Tsun núa. Pueblo de tejedores*. Puebla: Editorial Cajica.
- GARZA, Manuel, Ever Sánchez y Nashyeli Figueroa. 2023. “El mundo biomédico y la medicina tradicional: luchas por la vida de los Nn’anncue Ñomndaa frente a la COVID-19”, *REVUELTAS. Revista Chilena De Historia Social Popular*, 7, pp. 119-146. <<https://revistarevuelas.cl/index.php/revuelas/article/view/87>> [consultado el 2 de noviembre de 2025].
- GUERRERO Cultural Siglo XXI. (s.f.). *Enciclopedia Guerrerense*, en <<https://enciclopedia-gro.mx/indices/indice-de-municipios/>> [consultado el 2 de noviembre de 2025].
- LENKERSDORF, Carlos. 1998. *Cosmovisiones*. México: UNAM. <<https://alfarcolectivo.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/06/cosmovisiones.pdf>> [consultado el 15 de noviembre de 2025].
- SÁNCHEZ SANTA ANA, Ma. Eugenia. 2019. *Telar de cintura*, en <https://www.mna.inah.gob.mx/detalle_pieza_mes.php?id=201> [consultado el 14 de noviembre de 2025].
- VALTIERRA, David. 2012. “Nn’anncue Ñomndaa”, en Floriberto González González (ed.), *De la oralidad a la palabra escrita. Estudios sobre el rescate de las voces originarias en el sur de México*. Guerrero: El Colegio de Guerrero, AC., pp. 321-332 <<http://ru.juridicas.unam.mx/xmlui/handle/123456789/12004>> [consultado el 24 de octubre de 2025].